



Un emblema olvidado de Cali: el Hotel Alférez Real (1927–1972)

Dedicado a Sandra Jaramillo y a los olvidados por la Escuela...

Para quien en alguna ocasión ha hecho uso de un hotel, sea habitándolo fugazmente o residiendo largas temporadas, participado en algún evento o encuentro organizado allí, o simplemente ha visitado uno de estos edificios por el único interés de conocerlo, disponer de un ejército casi invisible de personas a su disposición y sentirse el rey del mundo es una experiencia que vale la pena tener, aunque sea una vez en la vida. Un hotel, esa compleja máquina en la cual ocurren encuentros y desencuentros, donde también se encierran las más profundas soledades, está a mitad de camino entre una casa y un club, entre lo excesivamente íntimo y lo desenfadadamente público; nadie puede negar que en un hotel todo personaje se siente importante. Y, para quien escribe estas líneas, hoy viajero, turista y hasta extraño en su propia ciudad, poder disfrutar de una habitación confortable y bien equipada deja la agradable sensación del estar en casa a sus anchas, sin encontrarse realmente en ella.

Y es que un hotel es un elemento esencial en la vida de las personas. La lista de hoteles que he visitado sólo ha sido superada por la de hospitales en los cuales, por causa propia o de algún familiar o amigo, he tenido que pasar varias horas, días y noches de mi vida. El hospital es el único hotel donde los huéspedes nunca pueden descansar y donde además la comida invita a no quedarse. Con todo, hay hoteles de hoteles. Aquellos de la infancia que te dejaron miles de recuerdos y que, al volver a ellos como adulto, te sorprenden por lo ínfimos y

sencillos que son en su arquitectura, en lugar de los colosales palacios que recordabas. Otros son aterradora e innecesariamente pomposos, quizá para justificar el alto precio que cobran por usarlos; en general, los hoteles de hoy ofrecen infinidad de servicios a personas que escasamente disponen del tiempo para descansar y que, en razón de sus ocupaciones, generalmente tienden a observar la televisión mientras trabajan recostados en la cama con un computador portátil en su regazo.

Sin embargo, incluso los más insignes de estos edificios caen rápidamente en desgracia, después de varios años de esplendor. Al Panteón de la Memoria y el Olvido pertenece una de las obras más destacadas de la afamada firma de ingenieros Borrero y Ospina en la ciudad de Cali: el Hotel Alférez Real. Se trataba de un edificio que las actuales generaciones de propios y extraños quizás hayan visto en las fotos antiguas de la ciudad, aunque difícilmente recordarán su ubicación si su edad no sobrepasaba los cinco años en 1972, año de su demolición, o si alguno de sus familiares no les ha contado algún hecho o una anécdota relacionados con dicha edificación.

El hotel ubicado en la misma manzana de La Ermita y daba frente a la calle 12, la carrera 3ª y la Avenida Colombia, camino de la plaza de Caicedo viniendo por el puente Ortiz. La obra del Alférez Real comenzó hacia 1927 y se concluyó en 1933, en medio de la resaca



general causada por la crisis económica de 1929 que afectó a las economías capitalistas del mundo.

En cuanto al nombre de la edificación hay que decir que el Alférez Real, inmortalizado en la novela homónima escrita por Eustaquio Palacios a fines del siglo XIX, pero ambientada un siglo antes, jugaba un papel sumamente importante en la compleja estructura política de las colonias españolas de ultramar. Era el único personaje autorizado

para portar el estandarte que representaba al Rey ibérico y, como tal, necesariamente tenía un asiento propio en el Cabildo de la ciudad.

Las fachadas exteriores del Alférez eran el único elemento que se inspiraba en la arquitectura clásica, hecho que era consecuente con el carácter que la obra debía expresar. En su interior el edificio se caracterizaba por un estilo más bien sobrio, apegado al Art-Déco, de moda por ese entonces.

A pesar de las protestas de varios grupos de opinión de la ciudad que reconocían el valor histórico de la edificación, se obtuvo la aprobación para demoler el edificio, operación infelizmente llevada a cabo con suma rapidez.

Haciendo eco de sus ilustres orígenes, el Hotel Alférez Real era parte de la postal de Cali pues fue ampliamente fotografiado, dado que se encontraba estratégicamente ubicado en la entrada a la ciudad desde el norte tras dejar atrás el paseo Bolívar, el desaparecido Batallón Pichincha (donde hoy se levanta el Centro Administrativo Municipal), el extinto edificio Gutiérrez Vélez (sede del Correo Aéreo) y el Puente Ortiz. La postal era completada por La Ermita, cuya versión actual fue concluida en 1945, el edificio Coltabaco (por ese entonces con un piso menos que hoy y con un curioso techo de teja de barro), y por parte de las fachadas del Teatro Jorge Isaacs y el Palacio Nacional, visibles gracias a que la traza de las calles y manzanas del centro no es de ángulos rectos sino oblicua.

Una cuestión que puede ayudar a comprender mejor el origen del mencionado hotel es el auge económico que tuvo la ciudad como motivo principal la apertura del canal de Panamá en 1914 y la culminación de la línea del ferrocarril entre Cali y Buenaventura, en 1915. La extensión de dicha línea al Eje Cafetero convirtió a la ciudad en un nodo comercial, por lo que era cuestión de tiempo que la infraestructura hotelera tuviera que mejorar. Además, Cali era una parada obligada de los vuelos que realizaba Panagra (Pan American Grace Airways) entre Nueva York y Buenos Aires, pues

la tecnología aeronáutica del momento requería escalas técnicas en lugares que no representaran inconvenientes adicionales, tales como la altitud de Bogotá. Todo esto convirtió en acuciante necesidad y en una oportunidad de negocios el estar en capacidad de ofrecer alojamiento de primera categoría a los pasajeros en tránsito, hecho que para Cali resultó en la creación o remodelación de hoteles como Europa, Columbus, Meléndez y Alférez Real.

La oferta hotelera de Cali se mantuvo sin muchos cambios hasta fines de la década de los sesenta. Sin embargo, con motivo de la realización de los Juegos Panamericanos de 1971, se consideró que la infraestructura hotelera de la ciudad no estaba a la altura del evento continental; se abrió paso la idea de construir un hotel completamente moderno, y fue así como la firma Cuéllar Serrano Gómez diseñó y construyó el que sigue siendo el más importante hotel de la ciudad: el Intercontinental, de cuya realización se dice es uno de los orgullos del Comité Organizador de los Juegos. La creación de dicho hotel fue el tiro de gracia para el Alférez, pues sus dueños decidieron demolerlo y sustituirlo por una torre para aumentar la rentabilidad del predio, un afán propio de la especulación inmobiliaria.

A pesar de las protestas de varios grupos de opinión de la ciudad que reconocían el valor histórico de la edificación, entre ellos la Facultad de Arquitectura de la Universidad del Valle, se obtuvo la aprobación para demoler el edificio, operación infelizmente llevada a cabo con suma rapidez. Sin embargo, por esas cosas de las sucesiones y disputas familiares, el negocio no prosperó y durante muchos años sólo quedó el predio, damnificado por el afán especulativo que mató la gallina de las sábanas de oro.

Desde la demolición del Alférez Real, el sitio ha sido frecuentemente reciclado para desarrollar ejercicios académicos, tales como torres de oficinas y edificios de parqueaderos, algunos más fantasiosos que otros. En las páginas de Escala y Proa, las más prestigiosas revistas

Así, la postal de Cali, de la cual el Alférez Real era uno de sus elementos imprescindibles, desapareció para dar paso a la vista de la asimétrica y arrítmica fachada del Teatro Jorge Isaacs.

colombianas de arquitectura, reposan algunas de estas propuestas de antiguos estudiantes de arquitectura y de arquitectos aún en ejercicio. Mi primer encuentro con la historia del hoy ausente edificio fue en 1992, durante mis estudios de arquitectura. La Sociedad Colombiana Arquitectos había organizado un concurso para realizar una plaza en donde antes había estado el Alférez Real y para darle a La Ermita la fachada posterior que nunca tuvo, pues dicha iglesia estaba separada del hotel por una casa.

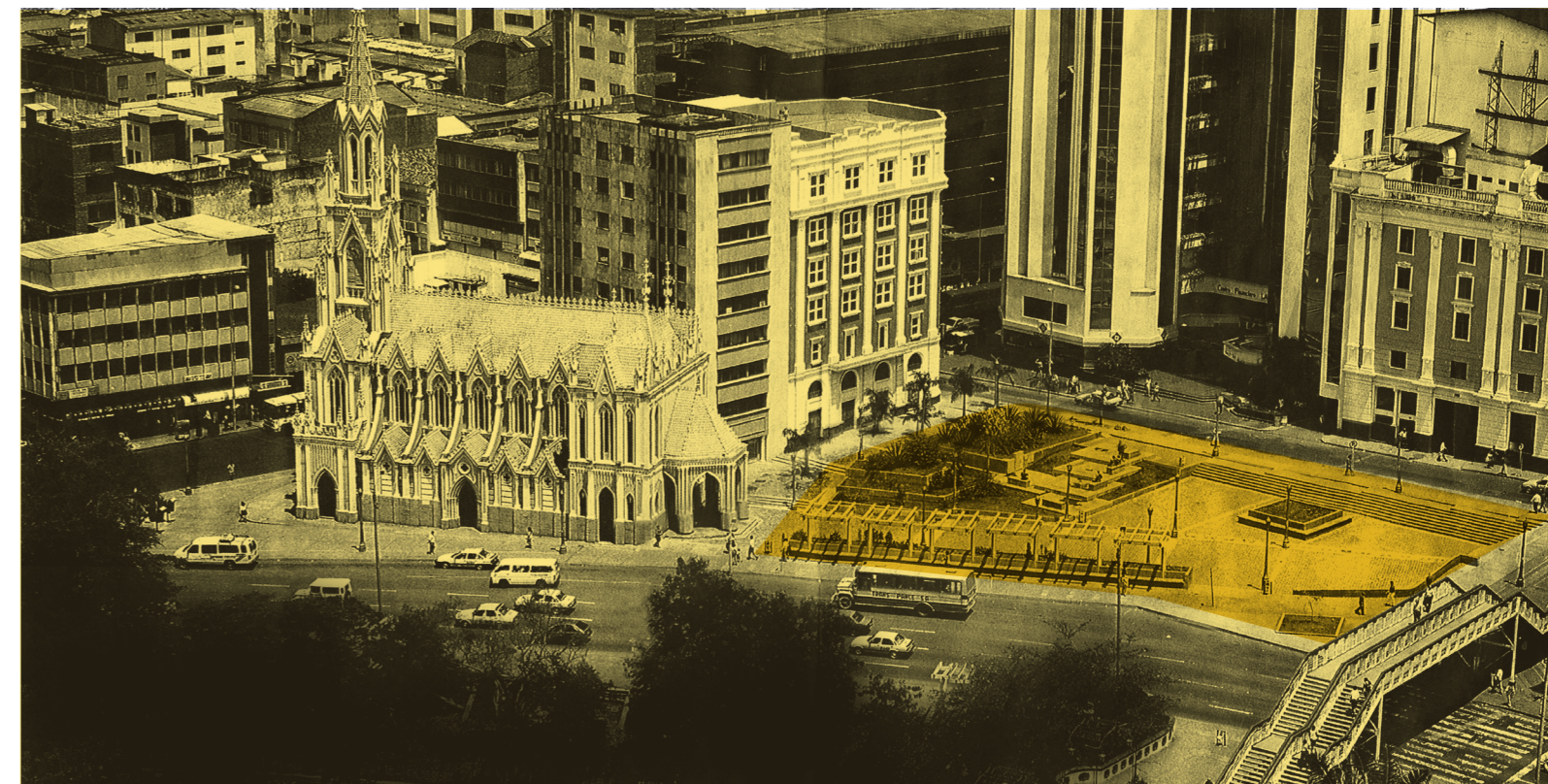
En cuanto al predio, éste ha corrido una suerte tan azarosa como inverosímil. En los años ochenta fue realizado un cerramiento con un muro, y frente a él se peatonalizó parcialmente la calle 12, con motivo de la celebración de los 450 años de la fundación de la ciudad. En la década los noventa derribaron el muro y se realizaron un par de senderos peatonales, diagonales entre sí, delimitados por cercos bajos de madera pintados de blanco. En algún momento los socios del Club San Fernando propusieron ubicar allí la escultura de la Negra de los chontaduros, idea que no prosperó. En 1995 el lugar fue convertido en el Parque de los “Boletas”, con el perdón de Octavio Gamboa y sus ilustres contertulios Jorge Isaacs, Antonio Llanos, Ricardo Nieto y Carlos Villafañe, “inmortalizados” en las mutiladas esculturas de dudosa calidad técnica y estética que se apiñan en una esquina del parque, junto a los tinterillos desalojados de la Plaza de Caicedo. En

el caso de dichas esculturas, como en otras más o menos recientes patrocinadas por nuestros alcaldes, el arte urbano tiene una enorme deuda con la ciudad.

Para colmo de males, otro alcalde cuyo nombre no recuerdo, pues mi amnesia funcional me ayudó a olvidarlo, decidió “homenajear” la nostalgia que probablemente nunca tuvo gastando la plata de los caleños, comprando el edificio moderno (y modesto) de la esquina de la carrera tercera con calle 13, para transformar sus fachadas en el “Viejo Alférez”, como se denominó a dicho esperpento. No se trataba de reconstruir el hotel, sino solamente hacer una interpretación libre de su aspecto exterior, maquillando una edificación que nada tenía que ver con el asunto. El adefesio, abandonado, todavía es visible frente a una de las estaciones del Masivo Integrado de Occidente.

Así, la postal de Cali, de la cual el Alférez Real era uno de sus elementos imprescindibles, desapareció para dar paso a la vista de la asimétrica y arrítmica fachada del Teatro Jorge Isaacs hacia la carrera tercera, que en vida del hotel era difícilmente apreciable dada su altura y la estrechez de la calle, y que ahora causa algo de inquietud al ojo atento de quien observa desde el Puente Ortiz la precaria construcción de la caja de tramoyas, una vista habitual para los huéspedes que hacían uso de la piscina del hotel, ubicada en la terraza del último piso. Y sin comentarios para el más reciente invitado del sector: el Centro Financiero La Ermita, llegado al entorno del ausente Alférez en la década de 1990.

Los hoteles, como los barcos, también naufragan. Sucedió con el Alférez, sucedió en tiempos recientes con el Hotel Aristi. Sucedió con los cines, clausurados o convertidos en escenarios para otra clase de representación teatral. Diría que, a pesar de la proliferación de moteles y apartahoteles, hijos bastardos de los hoteles y despojados de toda su alcurnia, tristemente ya casi no quedan lugares para alojar los gratos recuerdos que aún produce nuestra ciudad.



Erick Abdel Figueroa Pereira, autodenominado escritor de obituarios de arquitectura, se dedica a la escritura de arquitectura por el placer de recordar y por la preocupación de no olvidar. Por cosas de la prisa paterna su registro civil y su cédula dicen que es caleño, aunque en realidad es cartagenero de nacimiento, infancia y comienzos de la adolescencia. Sin embargo es Cali la ciudad a la que debe buena parte lo que ha llegado a ser: adolescente, bachiller, merengero, profesional, fotógrafo, inconforme, docente, ratón de biblioteca y de archivos, novio, padre de familia, amante, buen conversador y a ratos escritor.